

PEDRO Y EL LOBO ENTRE EL BOSQUE DE CASTAÑOS

Situada en un prado por donde cruzaba un alegre riachuelo, rodeado de verdes montañas, tenía su granja el joven y bondadoso Pedro. Su sustento eran sus vacas, que las cuidaba con gran esmero, las llevaba a beber agua del río y luego se iban a pastar el sabroso heno, también tenía gallinas, pavos y conejos, y un robusto caballo de color negro.



Justo por ese lugar pasaba un camino, por el que siempre andaba algún peregrino, con sombrero y un bastón y una concha colgando de un cordón. Él era muy hospitalario, y ofrecía aposento al peregrino al que la noche se le echaba encima.



A Pedro le encantaba que los peregrinos durmieran en su casa, porque mientras que cenaban, sus historias contaban, y él atentamente las escuchaba, pero pronto se iban a dormir, pues por la mañana temprano el camino debían seguir. Pedro siempre triste se quedaba, porque les cogía cariño, y envidia le daban, por todas las aventuras que vivían en el largo camino que a Santiago les llevaba.

Venían de distintos lugares de España, pero también los había que venían de Francia, o de Alemania, también alguno de la China, en fin, de todas partes del mundo acudían, y él sorprendentemente con todos se entendía, ¡era la magia del camino!, que una lengua con el mismo destino, porque todos querían llegar a la gran plaza, “la del Obradoiro”, así era llamada, donde estaba la

imponente catedral que a Santiago Apóstol custodiaba.

Comenzó a darle vueltas a una idea, ser peregrino fuera como fuera.

Una mañana muy decidido partió camino a Santiago, con la mochila colgada y un bastón en su mano, llegó a un primer pueblo, llamado O Cebreiro, era el atardecer y allí cogió aposento, donde cenó con un grupo de peregrinos jamón y un rico queso , y mientras, cada uno sus anécdotas contaba, como no poder dormir porque algún peregrino ronca y no despierta ni aunque un empujón le des, o le hagas cosquillas en los pies. O cuando dos peregrinos fumigaban las camas porque chinches aseguraban que había entre las sábanas. Otro entre risas, que de una cerca un toro se escapó cuando él por allí

pasaba, y del susto que se llevó casi se le para el corazón.

Pedro al día siguiente continuó caminando, saludando alegremente a todo el que con él se cruzaba,

-¡Buen camino!, decía con la sonrisa dibujada.

Fue conociendo muchísima gente, toda diferente, pero con un mismo destino.

De pronto, cuando andaba solo por el bosque ensimismado en sus pensamientos, vio delante un peregrino algo extraño, porque su cuerpo una luz desprendía, él pensó que alguna linterna llevaría, pero cuando llegó junto a él, vio que era su cuerpo el que relucía.

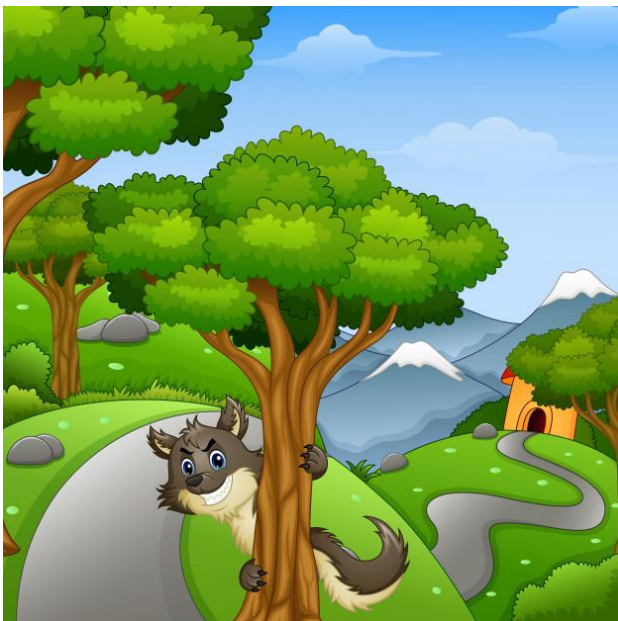
-¡Buen camino!-, dijo Pedro,

- ¡Buen camino!- contestó el peregrino.

Pedro le preguntó su nombre, y él sonriendo amablemente le respondió:

- Cuando llegue el momento lo sabrás-.

Comenzaron a conversar, y caminando, caminando entre el bosque de castaños más se iban adentrando, los árboles silbando por el viento que soplaba cuando entre sus ramas jugaba. Sin esperarlo se toparon con unos afilados dientes que un lobo les enseñaba, que en medio de su camino parado estaba.



Pedro se agarró fuertemente a su compañero, pero ocurrió algo muy extraño, su nuevo amigo levantó la mano, se acercó al hambriento animal y el feroz lobo ante él como corderito se tumbó. Pedro se quedó sin palabras, pero no dijo nada y en silencio continuaron caminando. Pedro no entendía lo que estaba pasando, ¿quién sería ese peregrino tan extraño?

Cuando salieron del bosque Pedro se le quedó mirando, y le preguntó asombrado:

-¿Pero quién realmente eres, de donde procedes?

Lo miró dulcemente a los ojos y le dijo:

-Mi nombre es Santiago-, y de repente desapareció entre las nubes montado en un caballo blanco.

Pedro entonces comprendió todo, ¡había caminado junto al Apóstol!, él se sentía pletórico y honrado, no podía creerlo, ¡había caminado junto al Apóstol Santiago! y alegre siguió caminando.

Pasó aldeas, y pueblos, también ciudades, vio hermosos paisajes, subió montañas y cruzó verdes valles, se bañó en aguas claras de cristalinos ríos, y sobre todo hizo grandes amigos.

Una ampolla le salió en el pie, pero aunque el dolor le molestaba, él caminaba y caminaba, por la ilusión que el camino le impregnaba.



Por fin llegó al Monte do Gozo, desde donde pudo divisar a lo lejos las torres del templo majestuoso, y se dirigió a la gran ciudad, ante la cual cayó maravillado, y en la Plaza del Obradoiro quedó asombrado.

En su corazón sintió el fervor y la devoción al abrazar a su amigo el Santo Apóstol, el cual le guiñó un ojo y Pedro guiñándole otro, le dio las gracias por todo.

